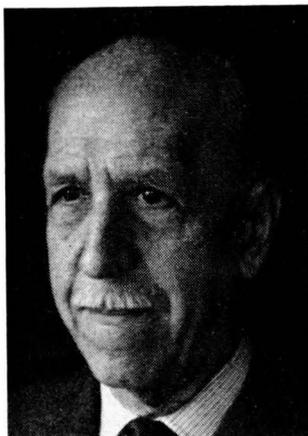


## NECROLOGIA DEL DOCTOR LUIS SUÑÉ MEDAN \*



*Dr. Suñé Medán*

Dr. B. RODRIGUEZ ARIAS

(Secretario general perpetuo de la Academia)

Muy honrado por lo que supone de distinción y de benevolencia de los consocios hacia mí y, también, entristecido porque he de referirme a mi predecesor en uno de los oficios más abnegados de esta Academia, inicio esta oración necrológica.

LUIS SUÑÉ MEDAN evoca en todos los que vivimos, proyectos y jóvenes, un largo y aturrido período histórico de la Corporación y la gran actividad durable de una ilustre familia

La Secretaría, en manos de su padre (Luis Suñé Molist), representó el más substancial beneficio para

esta casa. Ordenó un trabajo impropio, dejó constancia escrita de todo (filiaciones, sucesos y debates) y sirvió los finos intereses culturales de una grey eminente, sin menoscabos, sin partidismo, sin la temida dictadura del que sabe mandar

Desde 1886 hasta 1914 estampilló una soberbia huella (más que imborrable) y ajustó con ejemplaridad un quehacer del que viviremos, en herencia, tiempo y tiempo

Nuestro biografiado sintió en su hogar una plena dedicación a las tareas de Organismo Consultivo del Estado que nos incumben, como su

(\*) Leída en la Sesión extraordinaria, Necrológica, del 10 de noviembre de 1968.

ínclito cuñado, como su notable sobrino.

Verdadero discípulo de su padre en oto-rino-laringología (O. R. L.), especialidad profesional que ejercieron los dos, en su honda vocación de musicólogo y en la labor mística que reclama una Real Academia de Medicina, digna de su nombre y de una tradición gloriosa, el ex Vicesecretario, ex Secretario en funciones y, últimamente, ex Secretario general (1927 a 1963) del que hablamos, recorrió el surco marcado por el padre con un bagaje legado, un cariño y una obligación espiritual más que dinástica.

Nacido y educado íntegramente en Barcelona, terminó la carrera de Medicina el año 1903. Ya en 1904 la Universidad de Madrid le doctoró al aceptar una buena tesis sobre «Reflejos de origen nasal». Y a continuación (1905-06) perfeccionó su O.R.L. en Berlín.

A partir de dicho momento, sus actividades de índole profesional, docente y científica se desarrollan en la consulta privada, en la auxiliaría de la Facultad de Medicina (doctor Fernando Casadesús) y en numerosas Academias y Sociedades de Barcelona.

Pero la vieja y estimada «Acadèmia i Laboratori de Ciències Mèdiques de Catalunya», la tan recordada Academia de Higiene de Cataluña y las Sociedades de su especialidad, locales y vinculadas ahora a la llamada Academia de Ciencias Médi-

cas de Cataluña y Baleares o nacionales, retuvieron fundamentalmente sus anhelos de estudioso, de sanitario, de perito y de hombre docto.

En la praxis común de esa entrelazada disciplina médico-quirúrgica tripartita señaló un hito. La visita áurea fue del rango de la de su padre y de varios maestros, fallecidos hace años, como Ricardo Botey, Avelino de Martín, Luis Torrents (el padre), Francisco de Sojo y Batlle, F. Ferrando Estapá, Luis Vila Abadal y Adolfo Azoy (el abuelo), entre otros.

La casuística nosológica suya, que ha dado a la publicidad, sobre vegetaciones adenoideas, rinolitiasis, cálculos de la amígdala palatina, cuerpos extraños del primer tramo digestivo y respiratorio, osteomas gigantes del oído, quistes de etmoides, mucocele etmoidofrontal, cáncer de esófago, etc., fijan una época, la de la clínica descriptiva.

Lo ótico y lo sinusal y parasinusal, susceptible de originar complicaciones neurológicas (abscesos y neuritis retrobulbares, más esencialmente), no llegó a olvidarlo en sus lucubraciones. Y tampoco lo quirúrgico del ciclo de progreso que iba discutiendo.

Sin embargo, la higiene escolar (vista por el otólogo sanitario), la lucha contra la sordera, la fonética del buen orador, el canto y todo lo conexo, simbolizaron tal vez su magna afición.

En nuestra Real Academia formalizó su ingreso como «experto» en higiene escolar y oto-laringológica. El discurso que leyó en 21-I-23, versaba sobre «Los trastornos de la voz y de la pronunciación. Importancia de estos conocimientos en higiene escolar». Fue apadrinado por el doctor Jaime Guerra Estapé.

La radiografía de la mastoides y su sintomatología otológica más genuina, que él impulsara virtuosa y triunfalmente, denota una pericia de benedictino. ¡Qué excelente conquista de médico amante de la honrilla!

Era, por lo demás, un wagneriano de talla. Interpretaba admirablemente la música alemana. Y analizó como otólogo y musicólogo la sordera del genial y llorado Beethoven. En el tan famoso teatro del Liceo pareció siempre uno de los espectadores más conspicuos.

Secundó la enseñanza de la O.R.L. muy digna y eficientemente. No tuvo la brillantez de muchos, pero con la firmeza y la ejemplaridad del clínico «sensu strictiore» que diagnostica y trata bien a sus enfermos y que logra infundir autoridad o solvencia a los que le rodean, pasó por la cátedra del «alma mater» junto al maestro, ya jubilado, Casadesús.

En las Academias y en las Sociedades, subrayó óptimamente su presencia la discusión de temas relativos a lo que queda bosquejado y la ininterrumpida gestión en cargos de las Juntas de Gobierno. Postreramente, se le nombró socio de mérito

de la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña y Baleares y socio de honor de la Sociedad Española de O.R.L.

El 28-I-51 disertaba —por corresponderle el turno— en la sesión inaugural del Curso de este Organismo, acerca de «Progresos de los medios de exploración otorrinolaringológica durante la primera mitad del siglo XX», cual legítima experiencia de un médico ilustrado.

Aquí, dentro de la regia mansión que nos acoge, desempeñó fielmente la Vicesecretaría primero y sin más intermisión la Secretaría luego, al cesar de modo espontáneo el doctor Wifredo Coroleu. Una fase de más de 35 años en el manejo tácito y discreto de los archivos, del cartulario y de las sesiones públicas y en el régimen más doméstico de lo que nos faculta intervenir a efectos de gobierno o científicos.

Ha llevado a término la obra con cuatro magistrales Presidentes (tres de gratísimo recuerdo y el que ennoblece hoy la dirección), tan sólo, los doctores Augusto Pi y Suñer, Jaime Peyrí Rocamora, Federico Cominas Pedemonte y Agustín Pedro Pons. Y con los demás benditos Académicos que integraron las Juntas Directivas, en temporadas de fervor y de máximo orgullo (como la de habitar de nuevo este palacio) o de pena y declinación (como la de las guerras y sus secuencias fenomenales), ejecutó útilmente los acuerdos y sorteó muchísimas dificultades in-

herentes a la revolución y post-bélicas.

Ha ayudado con tino a mantener nuestro patrimonio material y espiritual. El oculto humor y la legendaria traza del catalán estuvo en danza. Nadie sabrá extinguir la gratitud que merece y que asoma a diario en los labios de todos, padres e hijos.

Su flema, su perseverancia y su meticulosidad, a las que cooperaron muy válidos empleados de Secretaría —el inolvidable licenciado Hermenegildo Tarinas y la dulce y fervorosa bibliotecaria señorita Concepción Castells—, le permitió al dimitir el cargo, ya muy fatigado, entregar unos útiles y los libros de su gestión sin apenas negligencias. Quiero hacerlo constar en su honor y el de los suyos.

Las instalaciones de la casa no decayeron, pese a la miseria de recursos económicos que tuvimos durante lustros. A ello contribuyeron muy valientemente los doctores Peyrí y Corominas.

En el marco de las actividades científicas pudo observar, a la postre, el método tan glorioso de este hogar de la cultura vernácula. Una esforzada legión de Académicos y de invitados, así nacionales como extranjeros, ocupó rítmicamente nuestra tribuna. Las conferencias extraordinarias llamaron a menudo la atención de la dilatada junta. Y personajes del fuste de Sir Alexander Fleming se sentaron entre todos.

Bastantes Académicos Numerarios resultaron elegidos o cumplieron el trámite preceptivo de ingresar, en sus manos de probo servidor de un conjunto de gente docta. Y si repasamos los escalafones, veremos —por ejemplo— que el porcentaje de miembros foráneos acreció, ulteriormente, de lo lindo. Egida más que radiante en ciertos aspectos.

Su probado estoicismo, su salud, después de 80 años de vida, una vida nada calma, flaquearon bastante. Resistió los embates de la involución que tememos unos y otros, mas su gran sabiduría de familia le movió a abandonar el cargo, la prebenda, que aceptara de sus mayores.

Me interesa declarar, paladinamente, que no eché en falta datos o antecedentes en la mesa de nuestras operaciones legales, que hube de recibir beatíficamente de él mismo.

No dejó, empero, hasta su muerte, acaecida el día 3 de enero de 1967, de concurrir a las sesiones administrativas y a muchas de las científicas que íbamos celebrando.

Su generosidad, su resignación, las tengo presentes en mi marcha de estimar y venerar la tradición y de innovar, de paso, una ejecutoría.

De tener que definir al Muy Ilustre varón, que me antecedió en las tareas secretariales, rubricaría este concepto: hombre modesto, atento, cuidadoso, eficaz, práctico, leal y recto.

Yo, sin ser un imitador, por mi temperamento, por mis vaivenes en

una existencia azotada, por mi edad, he de encumbrar de veras su sano patriotismo y su ahinco.

Que la Academia sea la mejor tumba de una vitalidad grata a sus deudos de sangre y a los del quehacer de erudición.

Una novel medalla, la 39, que no llegó a pender del busto de Jaime Ferrán, Académico Electo, la transmite simbólicamente, ahora, al profesor Adolfo Azoy Castañé.

Descanse en paz el respetable consocio y amigo.